

relatos de verano

COLABORA:



f La Sombra del ciprés
 @AscSombraCipres
 @novelistasabulenses

RELATO ESCRITO POR
 JULIO VEREDAS

OBRAS:
 - El plan de Albano 3ª Edición



eaá ESCUELA DE ARTE Y SUPERIOR
 DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN
 DE BIENES CULTURALES
 DE ÁVILA

RELATO ILUSTRADO POR
 ROBINSON TATIS LORA

@robinson_dibuja



Confidencias de Berta

Permítanme que me presente, soy Berta. La primera noción que tengo de mi existencia me remite a un gran recinto. Recuerdo que, aunque la temperatura era confortable, nos amontonábamos todos en busca de más calor y, sobre todo, porque nos dejábamos dominar por nuestro carácter temeroso, así, todos juntos, nos sentíamos más protegidos. Continuamente poníamos en práctica un movimiento que era como una coreografía grupal: nos mecíamos de un lado a otro de la estancia siguiendo de forma instintiva la iniciativa de cualquiera que se desplazase. Imposible distinguírnos: éramos todos iguales, como sacados del mismo molde.

Aunque me faltaba una mejor perspectiva para saber cuántos podíamos ser, por la gran algarabía que formábamos con nuestros reclamos, diría que éramos varios miles. No sabíamos qué pedíamos, pero ahí estábamos, todos a una, haciéndonos oír.

El pertenecer a esa gran ola amarilla nos daba cierta sensación de seguridad. Nos hacía sentir menos vulnerables. El formar parte del grupo hacía que cada uno de nosotros percibiese el *apolo* de los demás.

Ese día fue la primera vez que vi a uno. Mi primera impresión ante esa gran mole fue de pavor; podríais asegurar, sin temor a equivocaros, que se me puso la carne de gallina. A nosotros, que éramos exactamente iguales, ese enorme ser se encargó de diferenciarnos. Nos izaba en volandas, apretaba nuestras barriguitas hasta que abríamos las cloacas y nos asignaba un sexo. Dependiendo del que nos otorgaba, nos enviaba a uno u otro compartimento: macho, hembra, pollita, pollito, pollo, otro pollito...

Más tarde, nos enteraríamos de que ese ser, que al principio nos causaba un pánico atroz, era uno de nuestros guardianes, mejor dicho, de nuestros ángeles de la guarda. Esos seres, puestos por el creador a nuestro servicio, siempre se desvivían para hacer más fácil nuestra existencia.

Aunque sería un sacrilegio el quejarnos de nuestra suerte, pues llevamos casi dos años viviendo a cuerpo de reina, en cierto modo no puedo evitar el sentir un poco de envidia al imaginar el tipo de vida que deben de estar disfrutando aquellos a los que ese día les fue asignado el sexo masculino. Cuando nos dividieron, nosotras seguíamos con nuestro frenético piar, un poco por el susto que aún hospedábamos y otro poco por nuestra naturaleza: el cuerpo nos pedía seguir reclamando; no sé qué, pero reclamando. En cambio, a los que les concedieron el género masculino, les debieron de agasajar a base de bien para que cesasen de inmediato en su demanda. Se comenta que, dado que nuestro formato de recién nacido es adorable y que provocamos unas irresistibles ganas de ser abrazados, los componentes del otro grupo pudieran haber sido llevados en calidad de mascotas a las casas de nuestros cuidadores. Tiene su lógica, nuestros ángeles de la guarda son unos seres de luz. ¿Con qué mercedes no

habrían de colmar a unos entrañables pollitos, cuando son capaces de adoptar a unas criaturas de naturaleza hostil como son los gatos? De entrada, según caían los pollitos machos al otro compartimento se oía como un crujir de huesecitos. Debieron de aplicarles un masaje superrelajante que les dejase megatranquilos. No se les volvió a oír decir ni pío. Qué envidia.

De las primeras cuatro semanas, poco más hay que contar, todo fue comer e ir de aquí para allá dentro del compartimento. El principal tema de conversación lo suscitaba Clotilde, la pollita negra que era el blanco de nuestros chismorreos. ¿Qué pintaba una pollita así entre todas las demás?, blancas, impolutas. El darle al pico y cuchichear a las espaldas, se nos da muy bien.

En ese tiempo, nuestro físico cambió bastante, pasamos de ser pollitas a..., cómo diría yo..., pasamos a ser unas jovencitas, unas pimplas.

Para evitar cualquier tipo de peligro que nos pudiera sobrevenir nos alojaron dentro de unas jaulas. También, a modo de protección, nos cortaron el pico para que no nos hiciéramos daño entre nosotras. Y así, de esta forma, nos tuvieron hasta que alcanzamos los cuatro meses, que viene a ser como nuestra mayoría de edad.

Al cumplir esos cuatro meses, se produce un cambio fundamental en nuestras vidas: pasamos a una edad productiva. Empezamos a poner huevos y, coincidiendo, o quizás por ese motivo, nos cambiaron a la sala en la que estamos ahora que es mucho más grande e igual de confortable. En ella pasamos a convivir con otras gallinas de mayor edad. Aquí hay muchas más jaulas protectoras dispuestas en una serie de baterías que alcanzan varias alturas.

Tal es el confort que alcanzamos en nuestras jaulas que solo tenemos que preocuparnos de vivir. Amén de las vacunas, nos abastecen de agua y de una comida selecta; nos quitan los excrementos que producimos y nos apartan los huevos para que no nos distraigamos con preocupaciones ni responsabilidades y, así, poder vivir la vida plenamente.

Nosotras las gallinas tenemos una rica vida interior. Nos pasamos todo el día hablando de nuestras cosas. En la estancia anterior cualquier saber alcanzado fue empírico, todo lo que dedujimos lo hicimos, pues, basándonos en nuestras propias vivencias. A partir del cambio de sala, la convivencia con gallinas mayores supuso la adquisición de nuevos conocimientos; estos los atesorábamos a través de su transmisión de generación en generación y de forma oral: el clásico de pico en pico.

Son muchos los saberes que hemos acumulado de esta forma. El más trascendente es que todo, la vida y los privilegios que tenemos, se lo debemos a nuestro creador.

Clotilde sigue siendo una parte importante en nuestra convivencia. Representa, así, esa cuota de minoría étnica que le otorga cierto caché a nuestro colectivo. Aunque

a sus espaldas la seguimos poniendo a caldo —dicen que las gallinas lo hacemos muy bueno— en su cara, la tratamos como una más. La tenemos engañada: nadie le ha dicho que es negra. Ella, no pocas veces, se mira las plumas de las alas y la escasa parte de su cuerpo que alcanza a ver de sí misma, luego nos mira al resto y, de vez en cuando, nos vuelve a preguntar: «¿Qué bien que seamos todas tan igualitas, ¿verdad?, porque somos como gotas de agua, ¿no?»

—Claro —asentimos entonces las demás, aguantándonos las risas, mientras nos cruzamos unas miradas de complicidad.

Las gallinas nos caracterizamos por un humor un poco ácido: de ella decimos, a sus espaldas, claro, que ha salido así por un error del sistema; dado que ella se aloja en la jaula 04 de la cuarta altura, entre nosotras la llamamos «la error 404».

Nuestros ángeles cuidadores acceden a nuestra estancia a través de una puerta. Cada vez que la abren podemos ver un espacio inmenso: el exterior. Sabemos también, por esa transmisión generacional, que en el exterior hay muchas más cosas, así como otros seres. También hemos llegado a saber que no todas las gallinas corren nuestra misma suerte. Hay otras, a las que llaman gallinas de corral, que no disponen de estas jaulas y, por tanto, carecen de parte del amparo que nosotras disfrutamos. Incluso están sometidas a los rigores climáticos. Y aunque, al igual que nosotras, también ellas son alimentadas por ángeles, lo hacen de una manera deficitaria. Se ven abocadas a andar y a procurarse un alimento complementario a base de gusanos u otros insectos que ellas mismas han de capturar. ¡Pobrecitas!

No nos resulta desconocido que el ciclo de luz que tenemos aquí, de dieciséis horas con iluminación y ocho sin ella, no coincide exactamente con el ciclo lumínico exterior. Allí, por lo visto, sufre variaciones, es menos constante. Supongo que el resto de los seres se adaptarán a ese inconveniente, no les debe de quedar más remedio. Y nosotras, aquí, tan ricamente. ¡Ojo!, y sin pasarnos la factura de la luz, que no es baladí.

Disponemos de una sociedad bastante más compleja de lo que viéndonos uno podría llegar a suponer. En nuestro colectivo hay una gran variedad de grupos organizados con sus distintas secciones y corrientes de opinión.

Entre nosotras también está extendido el debate. Hay un grupo reducido, «Las disidentes» que lo cuestionan todo. Estas, entre otras muchas cosas, vinculan nuestro particular ritmo de luz con una mayor puesta de huevos por nuestra parte. No tiene sentido, ¿con qué fin? Nuestros huevos son hueros, carecen de utilidad. Aparte de este tema, le sacan punta a cualquier dogma establecido. Dentro de este grupo hay diversos sectores a cuál más peregrino, por ejemplo: «Las huevoplanistas». No podríais imaginarnos la postura que defienden. No os la voy a detallar porque pensaríais que estoy de broma, no os lo creeríais.



Nosotras las gallinas tenemos una rica vida interior. Nos pasamos todo el día hablando de nuestras cosas.

Hay un hecho que nos causa cierto asombro; al parecer, en el exterior de la nave en la que estamos, hay un letrero que pone: Industria avícola. Lo de avícola, está claro, va por nosotras, ¿pero industria? No sabemos si se trata de un error, de un eufemismo o de una estrategia de despiste de cara a desorientar a cualquier tipo de alimañas. Lo propio sería que en el cartel pusiera: «Residencia de gallinas».

Aunque somos conscientes de que nos queda por delante una larga existencia, pues nuestra esperanza de vida está en torno a los 10 años, las del grupo de mi quinta estamos un poco inquietas y expectantes: pronto cumpliremos nuestros primeros 2 años y se avecinan cambios.

Las gallinas, cuando nos aproximamos a esta edad, comenzamos a decaer en nuestro ritmo de puesta y, cuando esto acontece, nos envían al exterior. No se sabe exactamente cuál es nuestro destino, es una sorpresa que nos tienen reservada, pero, en todo caso, seguro que es para mejorar nuestro nivel de confort. Algunas dicen que nos envían a no sé qué viaje con el IMSERSO, a ver mundo; otras, «Las tiquismiquis» que es uno de los sectores más duros de «Las disidentes», argumentan que nos sacan para dejar nuestras jaulas a otras más jóvenes y productivas, y que a nosotras nos mandan a otro barrio. Absurdo, ¿productivas?, ¿qué producimos: purines, huevos hueros...? Si

no pegamos chapa. En todo caso, divagaciones aparte, seguro que pasaremos, si cabe, a mejor vida.

Estamos algo nerviosas porque dentro de poco tiempo, cuando salgamos, veremos a nuestro creador. Se dice que cenaremos con él, en lo que llaman la última cena, aunque quizás sería más correcto llamarla la primera. Pasamos horas haciendo cábalas sobre quiénes estarán sentadas a la izquierda y quiénes lo harán a la diestra del señor. «Las tiquismiquis», por tocar los huevos, dicen que no ocuparemos ni la izquierda ni la derecha de la mesa, que estaremos encima.

No puedo con la espera. ¡Qué nervios!



COLABORA:



f La Sombra del ciprés
 @AscSombraCipres
 @novelistasabulenses

RELATO ESCRITO POR**LIBRADO CASERO VAQUERO****OBRAS:**

Malpartida, un pueblo. Retrato literario de Malpartida de Corneja, 1947-2015.

Novela: Lo que nunca te conté.

Poemas: Cuatro lunas



eaá ESCUELA DE ARTE Y SUPERIOR
 DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN
 DE BIENES CULTURALES
 DE ÁVILA

RELATO ILUSTRADO POR**ROBINSON TATIS LORA**

@robinson_dibuja



Segunda vida

La primera vez que fui a Cornejuela, el primero en darme la bienvenida fue Manolín; un ser maravilloso, de una ternura y una sensibilidad exquisitas.

Al verme bajar del coche se me acercó con ese retraimiento suyo tan impulsivo, con esa timidez tan atrevida que tienen las almas limpias e inocentes, esas almas que nunca adivinan ni intuyen el mal que las otras personas, a veces, intentan hacerles. Por toda respuesta suelen dar una sonrisa, ¿de comprensión? ¿interrogativa? ¿De resignación...?

Pues bien, al verme bajar con la cartera en la mano se me plantó al lado; de vez en cuando me tiraba del pantalón y me señalaba la cartera. Así fuimos caminando un tiempo. Yo tropezando a veces, pues tan pronto se me plantaba delante queriendo retener mis pasos, como me asía por los pantalones y parecía como si quisiera llevarme a algún lugar concreto.

Haciendo caso a la intuición, me dejé conducir por mi pequeño guía, quien, por un caminito estrecho y bordeado de zarzales, ante los que de vez en cuando se paraba para observarme con las más exquisitas moras, unas moras negras y dulcísimas, me llevó a una especie de «balcón», el Mirador, desde donde la vista sobre el pueblo con el río laminiendo sus plantas y alguna casa más atrevida bañándose en sus tranquilas y transparentes aguas, era magnífica. Manolín me tiraba de los pantalones hacía abajo y de pronto comprendí que quería que me sentase, él ya se me había anticipado.

Así permanecimos no sé cuánto tiempo. De pronto me dijo:

- Me llamo Manolín, pero algunos me llaman Mongolín. ¿Tú sabes por qué me llaman así?

Manolín era bajito, rechoncho, de cara redondita como la luna llena, nariz respingona y dos ojos chiquitines que imploraban amor.

En muchas ocasiones, cuando algo le interesaba o le sorprendía, ponía una cara como asustada, la mirada fija, la boca abierta y, a menudo, un hilillo de plata surcaba su barbilla e iba a perderse en su corto y rollizo cuello.

Abrí la cartera y le mostré las cartulinas de propaganda farmacológica y pareció volverse loco de contento. Le dije que podía quedarse si le gustaban y, entonces, dándome un beso, echó a correr hacia el pueblo, perdido en una ligera estela de polvo.

Manolín parecía estar en todas partes. Siempre presenciaba los hechos más insospechados: la entrada a los huertos, entre dos luces, de la pandilla del Cigüeña a robar peras, el apretado beso de los novios, que al anochecer y creyéndose solos, se daban camino de la ermita, y tantas y tantas cosas más... Sus ojitos pequeños quedaban absortos y su boca se abría dejando escapar el hilillo de plata.

Manolín muchos días no iba a la escuela. Los demás niños se reían de él, le gastaban bromas que no alcanzaba a entender. Cargaba con las culpas de los demás... Aquella pedrada que rompía los cristales de la casa del cura, aquella mano que robaba las peras «entre dos luces», siempre era la de Manolín. Manolín nunca se enfadaba, sólo reía y su alegría era infinita si algún niño le daba un pellizco de su bocadillo o si le invitaban a jugar a pesar de que siempre salía perdiendo.

A partir de aquel primer día, cada tarde me dirigía al Mirador y allí, como por una especie de acuerdo tácito, me esperaba Manolín.

Nos sentábamos muy juntitos y en silencio, unas veces contemplábamos el río y la osadía de algunas casas bañándose en él, otras nos reíamos por cualquier cosa, perseguíamos mariposas o jugábamos a tirar piedras al río para ver quien las lanzaba más lejos. Por último me pedía alguna cartulina, me daba un beso y se iba corriendo.

Así fueron pasando uno tras otro los últimos días del verano y el incomparable otoño con el camino del Mirador tapizado de hojas multicolores que tanto nos gustaba pisar.

Con el invierno llegaron los primeros fríos y también la primera nevada. ¿Qué bien lo pasamos! ¿Recuerdas, Manolín? ¡Cuánto disfrutábamos tirándonos bolas de nieve y revolcándonos ladera abajo hasta el río!

Hasta que una tarde Manolín no acudió a la cita y tampoco a la siguiente y la otra...

En el pueblo me explicaron lo ocurrido: una tarde en que la banda del Cigüeña estaba junto al río poniendo trampas a los pájaros, el Bala pisó una piedra cubierta de hielo, resbaló y cayó al río. Los demás de la banda no supieron qué hacer y optaron por huir des-pavoridos.

Sólo unos ojos pequeñitos, amorosos, atentos, vieron lo ocurrido escondidos tras unas matas. Muchas veces, Manolín los seguía procurando no ser visto.

Manolín se acercó al río, desgarró su camisa, la anudó a sus pantalones e introduciéndose en el río hasta que el agua le llegó a la barbilla le tendió al Bala, para que se asiera, la punta del pantalón y de esta forma pudo arrastrarlo a la orilla y, con no poco esfuerzo, sacarle del río.

Al día siguiente, Manolín empezó a sentir mucho frío, después mucho calor, luego como una sensación de que alguien o algo le pellizcaba en el pecho.

Acudí inmediatamente a su casa y le hallé postrado en la cama, bañado en sudor con una tos y una respiración tales que más bien parecía un concierto de ranas, de todas esas ranas del río que tantas veces habíamos oído croar juntos. Tan pronto advirtió mi presencia, me hizo señal de que me acercase; cuando estuve junto a él, agarró mi mano fuertemente, se la llevó a la boca y depositó en ella un beso que poco a poco se fue quedando helado. Tan sólo pudo decirme con una vozecita apenas audible:

- ¡Te quiero!

Un temblor inmenso recorrió todo mi cuerpo. Difícilmente pude ocultar un sollozo.

A la mañana siguiente, la pandilla del Cigüeña llevaba a hombros una cajita blanca con una corona de flores. Caía una lluvia suave, eran como lágrimas de alegría por el reencuentro en el más allá con Manolín.

Miré de reojo al Cigüeña y al Bala y vi que lloraban.

Era la mañana del 25 de diciembre. Manolín empezaba una nueva vida. Una vida sin sufrimientos, sin personas que se burlaran de él, una vida feliz... SU SEGUNDA Y ETERNA VIDA.

Nos sentábamos muy juntitos y en silencio, unas veces contemplábamos el río y la osadía de algunas casas bañándose en él

los Reyes Magos nos visitan en

2, 3 y 4 de enero de 18 a 20 h.

EL BULEVAR
CENTRO COMERCIAL

facebook.com/elbulevardeavila
[@ccelbulevar](https://twitter.com/ccelbulevar)
www.instagram.com/elbulevardeavila
www.el-bulevar.com